

Prácticas sexuales y anticoncepción en hombres jóvenes: una mirada de género¹

Sex and contraception practices in young men: A gender perspective

*María Alejandra Salguero Velázquez, Gilberto Pérez Campos,
Cinthia Dafne Ayala Jiménez y Montserrat Soriano Chavero²*

RESUMEN

La presente investigación tuvo como objetivo documentar las prácticas sexuales y el uso de anticoncepción en la trayectoria de vida de hombres jóvenes. Se utilizó una metodología cualitativa, empleando para ello entrevistas en profundidad. Los ejes de análisis fueron las prácticas sexuales y de anticoncepción en la relación de pareja. El análisis de resultados a través de la técnica de bricolaje muestra que la vivencia, significado de la sexualidad y uso de la anticoncepción están mediados por el tipo de relación de pareja (formal o informal), donde los estereotipos de género están presentes en la sexualidad de los varones.

Palabras claves: Género; Sexualidad; Anticoncepción; Hombres jóvenes; Relación de pareja.

ABSTRACT

The objective of the present study was to explore sexual practices and the use of contraceptives in the sexually active life trajectory of young men. A qualitative methodology, based on in-depth interviews was used; data were elaborated through bricolage analysis. The main lines of analysis included the experience of sexuality, and the use of contraception in sexual relations. Results show that for these young men the experience and meaning of sexual relationships, as well as the use of contraceptives, are mediated by the nature of the couple relationship (formal or informal) and by certain gender stereotypes.

Key words: Gender; Sexuality; Young men; Contraception; Couple relationship.

INTRODUCCIÓN

La mirada teórica desde la cual se llevó a cabo el presente trabajo es la perspectiva sociocultural de género, en el que la sexualidad y la reproducción se consideran procesos de construcción históricos, sociales y culturales, expuestos a discursos y prácticas del mundo heteronormativo, en que se plantean formas de pensar, desear, sentir y vivir que son diferentes en hombres y mujeres, lo que genera la mayoría de las veces tensiones y contradicciones al incorporar el carácter relacional, donde entran en juego relaciones

¹ El presente trabajo forma parte del proyecto de investigación “Significado y vivencia de la maternidad y paternidad en jóvenes universitarios”, el cual recibió financiamiento del proyecto PAPIIT RN306813. Una primera versión se presentó en el XI Coloquio Nacional de la Red de Estudios de Género del Pacífico Mexicano, Oaxaca, Oax., 5-6 de junio de 2014. Artículo recibido el 27 de mayo y aceptado el 24 de noviembre de 2015.

² Carrera de Psicología, Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México, Av. De los Barrios Núm.1, Los Reyes Iztacala, 54090 Tlalnepantla, Edo. de México, México, correos electrónicos: alevs@unam.mx; gpc.fesi@gmail.com; soriachavero@gmail.com y dafne444@gmail.com.

de poder a partir de los roles y expectativas definidas socioculturalmente para unos y otras.

Respecto a los varones, existe la creencia de que el deseo y la sexualidad son necesidades incontrolables, una poderosa fuerza natural, un imperativo biológico misteriosamente localizado en los genitales. Estas concepciones de sentido común forman parte no solo de la representación preconstruida y las imágenes que se forman acerca del comportamiento de los varones, sino que en ocasiones también son parte del corpus académico en el terreno de la investigación. Bourdieu y Wacquant (2005) señalan que “No es suficiente romper con el sentido común ordinario, o con el sentido común académico en su forma habitual. Debemos romper también con los instrumentos que niegan la experiencia misma contra la cual han sido contruidos” (p. 346). Lo anterior implica cuestionar lo obvio, lo que se ha dado por sentado, atreverse a indagar, a crear nuevas miradas y formas de pensar.

En ese sentido, el logro del trabajo feminista fue desmontar la sexualidad del ámbito de lo “natural” y colocarla como un proceso de construcción sociocultural e histórica en cuanto que incorpora una gran cantidad de significados; formas de vivencia y experiencia a partir de las posibilidades biológicas, psicológicas y socioculturales; identidades de género; diferencias corporales; capacidades reproductivas; necesidades; deseos; fantasías; prácticas eróticas, y valores, los cuales pueden variar en cada cultura o grupo social.

Se retoma aquí el planteamiento de Foucault (1987) sobre la sexualidad, específicamente respecto a la relación entre los discursos, significados y prácticas con historia. Es a partir de las prácticas por las que los individuos se ven llevados a prestar atención a ellos mismos, a descubrirse, reconocerse y construirse como sujetos de deseo y de sexualidad. Son las instituciones las que, a través de discursos y prácticas reglamentadas, “sugieren, dan opiniones y consejos” sobre cómo actuar en relación con uno mismo y con los demás. En el caso de los varones, señala Foucault (1988): “El dominio sobre sí mismo es una manera de ser hombre en relación consigo mismo, es decir, de mandar sobre lo que debe ser mandado, de obligar a la obediencia, de imponer los principios de la razón, una forma de ser activo, en relación con quien por naturaleza es pasivo y debe seguirlo siendo. En esta moral de

hombres, la elaboración de sí como sujeto moral consiste en instaurar una estructura de virilidad: sólo siendo hombre frente a sí mismo podrá controlar y dominar la actividad que ejerce frente a los demás en la práctica de sexualidad” (p. 81).

El concepto de “prácticas de sexualidad” incorpora ideologías, discursos, representaciones y valores que los individuos construyen, los que a su vez regulan, orientan y restringen sus prácticas corporales eróticas, tanto en su dimensión placentera como en la elección del objeto del placer. Desde una concepción dicotómica, la mujer es considerada como carente de deseo sexual o de iniciativa en la búsqueda de dichos encuentros, en tanto que el hombre, al ser activo, puede tener apetitos y llevar a cabo estrategias para satisfacerlos; la mujer, al ser pasiva, únicamente es un receptáculo del placer del otro en nombre del amor y de la posibilidad de la reproducción (Núñez, 2007; Vendrell, 2010). En ese sentido es posible decir que la búsqueda del deseo y las prácticas de sexualidad son una parte importante del *deber ser* genérico.

La sexualidad, tener sexo y desear relaciones sexuales son signos constitutivos del ser hombre, de la identidad masculina (Kaufman, 1994; Núñez, 2007; Seidler, 2000). Si bien el sentido común considera que la sexualidad está en la “naturaleza” de los hombres, desde una perspectiva sociocultural de género tal concepto de sexualidad en los varones forma parte de un proceso sociocultural de aprendizaje que se inicia en la familia, con los amigos y amigas en la pubertad y la adolescencia, y continúa a lo largo de la trayectoria de vida. Este saber los coloca, ya en la adultez, visualizándose como poseedores del “conocimiento del mundo, del ser hombres”, donde las prácticas de la sexualidad pueden asumir diferencias en función del objeto de deseo a través del tipo de relación de pareja: formal o informal.

Así, el significado que los varones otorgan a la sexualidad y a las prácticas en las que se involucran son diversas y complejas; incorporan sugerencias, indicaciones, recomendaciones, comentarios de los amigos y en los medios de comunicación, además de las exigencias a partir de los señalamientos implícitos acerca del desempeño de los hombres o las mujeres (De Jesús y Cabello, 2011).

El interés particular de este trabajo fue explorar las prácticas de sexualidad y su relación con

el uso de la anticoncepción en jóvenes pues, como afirma Sánchez (2004), las negociaciones que los jóvenes entablan como pareja se encuentran limitadas por la necesidad de proyectar una imagen que sea acorde a los ideales de hombre o mujer que circulan en la sociedad, retomando imágenes en las que predominan el amor-pasión como característica masculina y el amor romántico como parte de la sexualidad femenina. El primero implica una conexión intensa entre el amor y la atracción sexual; en el segundo, los afectos, no el deseo sexual.

Los discursos sobre sexualidad generalmente incorporan estereotipos de género en los que predomina un “deber ser” dicotómico, es decir, las mujeres deben mostrarse reacias ante la conquista, guiar sus relaciones sexuales y de pareja por el amor romántico, mostrarse fieles y presumir de saber poco sobre temas relacionados con la sexualidad, características que les asegurarán gran parte del respeto y reconocimiento de su pareja masculina, gracias a lo cual pueden ser “elegidas” como parejas formales a través del noviazgo.

A diferencia de los discursos sobre sexualidad en las mujeres, los hombres deben aprender técnicas de seducción que ayuden a que las mujeres accedan a tener relaciones sexuales con ellos, como prometerles amor o insistir ante sus negativas, apoyados en lo que se espera socialmente de ellos, como tener relaciones sexuales por solo experimentar o tener múltiples parejas. Los juegos de seducción cobran sentido en este contexto, pues para acceder al intercambio sexual con una mujer el varón “juega a estar enamorado” de ella. Lo mismo puede suceder con el juego sexual en el que la mujer se resiste y el varón la presiona, actitud que a ella le permite canalizar su deseo sexual sin hacerlo explícito.

Quintana y Vásquez (1998) consideran que algo muy importante para los hombres es tener más experiencia que las mujeres en todo lo relacionado con la sexualidad, por lo que es a ellos a quienes les corresponde proponer tener relaciones sexuales (cómo hacerlo, cuándo, dónde, etc.). Cuando las mujeres lo proponen, son descalificadas tanto por los hombres como por las mujeres al considerarse que es una práctica demasiado osada.

De esta manera, la búsqueda de una pareja —ya sea para pasar el rato o para entablar una relación seria— incorpora ideas y significados sobre

los roles de participación y posturas respecto a las prácticas afectivas y sexuales. Un ejemplo de ello es el estudio realizado por Romo (2008), en el que se documentan ciertas categorías de relación, como “amigovios”, “amigos con derechos” y “noviecillos informales”, que en las relaciones sexuales se ven como algo pasajero para disfrutar el momento y que forman parte de un proceso de aprendizaje. En relación a las parejas formales, el amor requiere del sexo como una forma de hacer más íntima la relación, de reforzar el amor, de compartir experiencias y el aprendizaje mutuo. Sin embargo, en ambos casos las relaciones sexuales son vistas con reserva y siempre con temor a un posible embarazo. En las relaciones informales está presente además el miedo al contagio de enfermedades de transmisión sexual.

Lo anterior expresa una doble moral relacionada con la sexualidad y la reproducción, pues mientras genera una normatividad cerrada y prohibitiva para las mujeres, el varón goza de un referente más permisivo y abierto (Careaga, Figueroa y Mejía, 1996; Jones, 2010). Habría que indagar si la permisividad se corresponde con la incorporación del cuidado reproductivo.

Anticoncepción en jóvenes

La Encuesta Nacional en Salud y Nutrición 2012 (ENSANUT) (Secretaría de Salud e Instituto Nacional de Salud Pública, 2012) reportó que 60% de los jóvenes que inician su vida sexual entre los 15 y 19 años de edad no utilizan anticonceptivos en sus relaciones sexuales. Ello ofrece un panorama del comportamiento sexual que trae consigo diversas consecuencias, como una baja percepción del riesgo relacionada con la no utilización de métodos anticonceptivos, la posibilidad de un embarazo no previsto y la transformación de la trayectoria de vida.

Al respecto, Sánchez (2004) considera que los mismos discursos de los jóvenes difieren de sus acciones; esto es, dicen que tener relaciones sexuales sin usar anticonceptivos es irresponsable, pero que ellos mismos no los usan debido a la excitación del momento, a que conocen a su pareja, al temor de abordar el tema, a ser sancionados o la misma irresponsabilidad. Además, para los jóvenes comprar anticonceptivos será una demostración social de hombría y para las mujeres una evidencia del

poco respeto que sienten por sí mismas. En las parejas estables, generalmente existe un común acuerdo en la compra de anticonceptivos, siendo el hombre quien da el dinero necesario para que la mujer utilice métodos hormonales.

El significado que tiene para los hombres el uso del condón durante el sexo ocasional es de responsabilidad y de protección contra los embarazos no deseados, mientras que en las parejas estables se le concibe como un método de planificación familiar (Szasz, 1998).

Considera Gutmann (2011) que uno de los errores al hablar de sexualidad masculina es pensar que la procreación y la salud reproductiva son cuestiones que atañen solo a la mujer, que la sexualidad responde a la reproducción y que existe una desvinculación entre el amor, la sexualidad y la procreación en los varones.

Con base en las consideraciones anteriores, el objetivo de la investigación fue documentar las prácticas sexuales y el uso de anticoncepción en la trayectoria de vida de hombres jóvenes, para examinar la medida en que se articulan y toman distancia respecto de los ideales y estereotipos de género.

El presente trabajo forma parte de un proyecto más amplio denominado "Significado y vivencia de la maternidad y la paternidad en la trayectoria de vida de estudiantes universitarios". Un planteamiento inicial fue identificar la complejidad de la práctica social en el proceso de construcción de trayectorias de vida en estudiantes universitarios, visualizando y señalando la extensa heterogeneidad y complejidad de las relaciones familiares, escolares, de amigos, pares o pareja en su proceso de formación como personas, en tanto formas de pensamiento, comportamiento y sentimiento.

MÉTODO

Participantes

Participaron jóvenes estudiantes de nivel licenciatura, con quienes el contacto se estableció de manera personal en la universidad donde cursaban sus estudios. Se les invitó a participar en la investigación debido a su trayectoria académica hasta antes del embarazo de su pareja, ya que tenían un promedio de 8.5 en sus calificaciones y no adeu-

daban materias. Aceptaron la invitación para ser entrevistados, lo que se llevó a cabo en un edificio de la institución.

En este trabajo se incluyen los datos de solamente tres jóvenes a quienes se asignaron nombres ficticios para resguardar su identidad personal y sus historias de vida, con base en los principios de confidencialidad y consentimiento informado establecidos en la ética de la investigación: José, Enrique y Andrés, de 23, 25 y 22 años de edad, respectivamente, quienes cursaban el tercer semestre de la carrera de Psicología de la Facultad de Estudios Superiores Iztacala, ubicada en el Estado de México (México). Dichos jóvenes vivían como hijos de familia en el hogar de sus padres, quienes asumían sus gastos económicos durante el período escolar. El nivel socioeconómico medio de sus familias permitía a los participantes cubrir sus necesidades de vivienda y transporte, así como asistir a conciertos musicales, a fiestas con amigos o a alguna otra actividad propia de la cultura juvenil.

Procedimiento

La conducción de entrevistas (cf. Kvale, 2011) se realizó en diferentes lugares y su duración fue de entre 60 y 120 minutos; fueron audiograbadas y transcritas en su totalidad.

Quienes llevaron a cabo las entrevistas con los jóvenes fueron dos egresadas de la carrera de Psicología que participaban en el proyecto como becarias. Se consideró que la relación de joven a joven era importante en el proceso de negociación con los estudiantes participantes y también en la conducción de las entrevistas.

RESULTADOS

Prácticas de sexualidad en las relaciones formales

Para algunos hombres jóvenes, las relaciones de pareja se formalizan una vez que se cubren ciertos requisitos, como la atracción física, el tiempo de convivencia, el conocimiento mutuo y la amistad, deseando que la relación sea socialmente reconocida siendo ellos quienes se declaran y establecen la relación como noviazgo.

“Tenía que congeniar con ella, que me gustara físicamente; también tenía que conocerla, y ya si me atraía su forma de ser y su aspecto físico, era cuando decidía hacerla mi novia; bueno, plantárselo” (Enrique).

«No se quedaba en nada, como que simplemente “vamos a andar”, sí, “vamos a andar”. Sólo después de un tiempo se plantea la pregunta “¿Quieres que sea formal?”... Yo fui el que me le acerqué, bueno, y me le declaré» (José).

A veces, las parejas son presentadas a la familia, tratándolas de manera diferente según sean “de verdad” o no. Comenta Andrés: “Pues con mis novias, las que son de verdad, las que mis papás han conocido, pues esas ya necesitan otro trato”. Aquí establecen compromisos, acuerdan implícitamente no involucrarse en cualquier otro tipo de relación, y también implantan tiempos para conocerse, ya sea en un plano afectivo o íntimo.

Las prácticas sexuales en la relación formal se consideran importantes debido a que los hombres han aprendido que son una forma de conocer a su pareja y profundizar así el noviazgo. Cuando la novia es una persona significativa, no la presionan sexualmente sino que esperan hasta que ella decida el momento adecuado, como señala Andrés: “Uno tiene que ir acomodándose a lo que ellas dicen y quieren. Es como una negociación que necesita que ambos estén de acuerdo”. Sin embargo, para lograr que accedan, buscan estrategias que van aprendiendo a lo largo de su vida y desarrollan habilidades orientadas a conocer más sobre ellas y sobre la manera en que pueden tratarlas, esforzándose más en el cortejo: “O sea, tienes que tratarlas bien, hablarle bonito, a lo mejor regalarle cosas; o sea, tener cierto colmillo como hombre para que lleguen a caer en tus redes” (Enrique).

Se observa un contraste entre las citas anteriores, en el sentido de que en la primera el énfasis se pone en el carácter negociado de la decisión sobre las relaciones sexuales con la pareja, mientras que en la segunda se subraya el papel del hombre como seductor. Estas diferencias podrían ser parte de ciertos procesos de compromiso o formalidad de la relación construidos de manera diferente, como indicios de incorporación del estereotipo del hombre activo y seductor.

Las prácticas sexuales con las parejas formales no implican que estén enamorados, aunque en ocasiones haya inclinación hacia el otro, si bien tanto el hombre como la mujer se preocupan, aunque de distinta manera, en que sea una experiencia lo suficientemente agradable como para asegurar un segundo encuentro.

“Creo que se compró ropa interior que yo ya ni me acuerdo; la verdad es que no le presté atención, pues soy hombre. O sea, pues hay cosas en las que pienso y en otras no [ríe] Yo traté de tratarla lo mejor que yo pudiera, o sea, no iba ser un pinche, ni brusco, ni ninguna pendejada así, porque no era el punto [...] También es pensar que si tú quieres que después se vuelva a presentar el tener relaciones con ella, pues tienes que hacer algo que le guste” (Enrique).

El discurso de Enrique muestra la poca importancia que daba a la intención erótica de su pareja al comprarse ropa íntima para el encuentro, además de que la considera como algo que es inherente a los hombres, lo cual parece concordar con el estereotipo del varón activo y seductor, tal como se muestra en la cita de líneas atrás.

Los participantes mencionan que en el aspecto sexual debe existir confianza. Enrique señala: “Claro que sí, sí implica [confianza]. Ya una relación sexual con una pareja –ya sea novio o esposo–, ya ahí sí implica una confianza”. Incluso el significado de tener relaciones sexuales cambia, en el caso de Andrés, a “hacer el amor”, como él mismo lo señala: “Pues con mis novias, las que son de verdad, ya necesitan otro trato para tener relaciones con ellas; más bien, para hacer el amor con ellas”, lo cual coincide con el planteamiento de que la denominación asignada a la pareja indica una implicación afectiva distinta.

En las relaciones formales, algunos varones construyen una en que no solamente buscan tener encuentros sexuales, sino que ambos miembros de la pareja se sientan a gusto, como le sucedió a José: “Con las que he andado no soy así, tan, tan, de andar buscando eso [relaciones sexuales] Puedes buscar una relación donde te sientas bien con la otra persona, no tanto de andarte acostando nada más con una y con otra”. Es posible identificar que el énfasis lo pone en la construcción de una relación sentimental más profunda y satisfactoria, en la que la sexualidad, si bien importante, no es un fin en sí

misma. No se trata solo de “formalizar a futuro” sino que en esa forma de interacción se construye una relación con un componente más importante de formalidad.

Es importante apuntar que las prácticas sexuales en las relaciones formales son planeadas generalmente debido a que la pareja no cuenta con un lugar fijo, y en ocasiones tampoco con dinero. Es aquí donde se llevan a cabo negociaciones entre sus miembros, teniendo ambos un papel activo para acordar el encuentro.

«Teníamos a lo mejor que planear, porque no era que yo tuviera mi casa sola, ella su casa sola y en cualquier momento pudiéramos ir. Decía: “No sé... ¿qué onda? Tengo ganas de estar contigo”, y ella: “Pues yo también”. Pues entonces sí era planeado» (Enrique).

Relaciones informales

En las relaciones informales, los hombres generalmente invierten menos tiempo en el cortejo, pues para los entrevistados las relaciones ocasionales son únicamente para obtener sexo y placer; no involucran sentimientos, tiempo ni cuidados; únicamente importa la diversión y la satisfacción personal al considerar que el sexo con parejas informales es un asunto meramente hormonal. Enrique refiere: “Con una chica ocasional, el hecho es que las hormonas las traes para arriba y para abajo. Nada más es beso y lo que sigue, lo que sigue y lo que sigue”. Eligen con quién sí y con quién no dependiendo del físico. Para Andrés, “Son unos rapidines en los que sólo importa tu satisfacción”.

Ellos no son los únicos que se fijan en el físico para establecer un contacto sexual; también las mujeres buscan con quién acceder a tales prácticas sin involucrar afecto alguno. Esta negociación, que por lo general es implícita, permite que ambos establezcan una relación sexual sin la necesidad de intimar afectivamente ni que esté mediada por un compromiso:

«Pues se da. Es como te digo: a lo mejor a ella le gustas físicamente, a ti te gusta físicamente, y pues hasta es como una relación más sincera, ¿no?, pues “Tú me gustas” lo pueden decir cualquiera de los dos: “Tú me gustas; quiero estar contigo”. Pero hasta ahí» (Enrique).

“Pues como no son chicas buenas, o solo son tus amigas, pues no importa que sientas algo en el corazón. Bueno, o sea, sí, pero es una atracción tanto física como sexual, y yo creo que cada chica lo sabe, porque hay mujeres que solo te buscan para eso, para acostarse un rato, pero no para algo más. O sea, no solo nosotros buscamos acostones. Ustedes también, porque no implica tantos enredos ni formalidades; no hay un compromiso como el de una novia. Es solo sexo” (Andrés).

Para los jóvenes varones, una relación informal es “más sincera”. Está presente en ello el significado de que se trata de un acuerdo en que no se engaña al otro; sin embargo, los estereotipos convencionales de género se manifiestan al señalar que las mujeres que buscan a alguien “para acostarse un rato no son chicas buenas”. Así, coinciden en que las parejas informales no son personas con las que se puedan involucrar sentimentalmente:

“Pues sí, ¿no?, nada más eso: pasar tiempo y divertirme” (José).

“O sea, nada más son las ganas de querer tener relaciones con esa persona y hasta ahí” (Enrique).

“Con las chicas que van de paso yo creo que ellas mismas saben que son de paso, porque uno como hombre –al menos en mi caso– no está tan pendiente de ellas. Es más, si se van con otro te da igual, porque no involucras el corazón, porque ellas no son las chicas buenas” (Andrés).

El no involucrar sentimientos está permeado por el significado socialmente construido de ser “de paso”, aludiendo a relaciones informales, ocasionales, “*frees*”, con quienes solamente habrá diversión y sexo repentino y ocasional. Cualquier momento puede ser idóneo para un encuentro. En ocasiones tales parejas no se vuelven a ver porque las prácticas sexuales ocurren generalmente en las fiestas y están mediadas por el consumo de alcohol:

«Pues una relación informal podría ser que yo llegara a una fiesta, ahí conociera a una chica con la cual tuviera relaciones y después de esa fiesta yo ya no la volviera a ver [...] Nada más es de “me gustas” y el hecho de que a lo mejor tenga unos tragos encima y me deje llevar por lo que estoy sintiendo físicamente» (Enrique).

“Fue en una fiesta, acabé mal –así, alcohólicamente–, y entonces yo me fui a dormir y una

chava también se fue a dormir. Había hecho cosas. Unos dicen que me grabaron. No me acuerdo. Traía un collar de chupetones” (José).

Al entablar una relación informal, no existe exclusividad sexual por parte de ninguna de las dos personas. Ejemplo de ello es la categoría de *frees* que usa Enrique: “Pues yo creo que con los *frees*, tanto el hombre como la mujer entienden que tú puedes andar con alguien más sin ningún problema. Con tu *free* puedes a lo mejor no salir, o sea, nada más es para el encuentro ocasional. Pues yo creo que no la tomas en serio. Nada más entre ambos hay química por las relaciones sexuales”. La pareja no busca continuar la relación más allá del plano sexual y las relaciones no prosiguen. Señala Enrique: “Ya nunca quise, bueno, ni ella me buscó ni yo la busqué. Nada más fue como que ese día y ya”.

El poco conocimiento de la pareja les lleva en ocasiones a cuestionarse o a sentir temor de contraer alguna enfermedad de transmisión sexual, como afirma José: “Pues las que son espontáneas, yo soy muy así, como cobarde, no tanto cobarde en el aspecto del embarazo, sino del hecho de lo que puedas contagiarte. Pues entonces yo creo que también por eso no he interactuado con todas”.

La posibilidad de contraer alguna enfermedad de transmisión sexual o de provocar un embarazo tiene, pues, la ventaja de inducir a los hombres a utilizar alguna forma de protección.

Anticoncepción en las relaciones formales

A diferencia de lo que propone Sánchez (2004), las parejas que se consideran formales negocian el uso de la anticoncepción, aunque no necesariamente de manera explícita, pues en algunos casos la pareja llega a “insinuar” que hay que cuidarse. Sin embargo, con el tiempo y la confianza que van construyendo en la relación, ambos miembros deciden dejar de utilizarlos. Es necesario puntualizar que, en el caso de los participantes, eran ellos los que se encargaban de comprarlos, pues, como apuntan Quintana y Vásquez (1998), es importante mostrar más experiencia que las mujeres en lo relacionado con la sexualidad:

«Te digo, ella no había tenido relaciones sexuales. Me decía: “Yo quiero estar contigo, sí, quie-

ro estar contigo”, “¡Ah, bueno!, ¿y sí te vas a cuidar?”, “Ah, sí”. Entonces yo era el que compraba las cosas. No era así como hablarlo todo, pero se daba por entendido que nos queríamos cuidar. Entonces te digo que al principio sí fue así [...] Nos cuidábamos y todo así, muy metódico. Entre el beso y el apapacho nos ganaban las ganas, y en ese momento corríamos a la farmacia y ya. Siempre fue con condón, hasta que llegó un punto donde ya no lo hacíamos [protegerse]. Yo creo que fue la confianza, el tiempo, lo que significaba ella para mí y yo para ella» (Enrique).

En este caso, la interrupción del uso de métodos anticonceptivos, que antes se habían usado regularmente (“Todo así muy metódico”) es el resultado de la construcción de un significado de confianza y seguridad, no solo en términos sexuales sino también afectivos. Esto contrasta con la falta de previsión y el descuido ante una situación imprevisible o que no era considerada como una ocasión en que podría haber un encuentro sexual casual:

«Ahí no me cuidé, ¿para qué, si era la primera vez? Sinceramente ahí no me cuidé, porque no sabía. Yo no soy de los chavos que acostumbra traer condones en su cartera o su mochila, o sea, yo no era como mis amigos. Ellos sí me decían: “Lleva condones por si llega a pasar” y me los daban, pero yo no iba a llevar un condón “por si las dudas”, ¿para qué, si no iba a hacer nada?» (Andrés).

No utilizar el condón incorpora significados de lo más diverso, desde pensar que “no van a hacer nada”, refiriéndose a tener un encuentro sexual, hasta tener actividad sexual y pensar que “no va a pasar nada”, como en la experiencia compartida por Enrique, quien suspende el uso del condón para probar cómo se sentía, decidiendo con su pareja tener relaciones sexuales sin anticoncepción, hasta que ocurrió un retraso en la menstruación y se enfrentaron a un embarazo.

Szasz (1998) plantea que el condón tiene la finalidad de evitar compromisos con la pareja cuando no se desean embarazos; sin embargo, si la pareja es formal, embarazarse no representa necesariamente un problema.

“Como un año dejamos de utilizar cualquier método anticonceptivo, hasta que se embarazó. Yo sí me visualizaba a futuro con ella” (Enrique).

Para los jóvenes entrevistados, no es una práctica frecuente el incorporar el uso de anticoncepción cuando “ya se visualizan” a futuro o planean vivir juntos, dando por hecho que si hay un embarazo lo aceptarán y formará parte de su proyecto de vida (Szasz, 1998). Como señala Gutmann (2011), la sexualidad no se encuentra desvinculada de la afectividad y la procreación para los varones.

Anticoncepción en las relaciones informales

El empleo de la anticoncepción con parejas informales es muy variado. Algunos no incorporan su uso aun cuando las relaciones sexuales ocurran en fiestas y bajo los efectos del alcohol, tal como indica José: “Nada más me acuerdo que fue en una fiesta. Acabé mal. No creo que me haya cuidado. No me acuerdo o en mi bolsillo no traía nada para cuidarme, y ahí [en la fiesta] no había nada”.

Sin embargo, en estos mismos contextos de práctica, los amigos que ya han tenido relaciones sexuales desempeñan un papel importante como proveedores de condones en los encuentros con parejas informales; es decir, existe apoyo de los pares en el ámbito sexual, lo que, además de denotar el cuidado, muestra la necesidad de protegerse de un posible contagio o de un embarazo.

«Pues ya en ese entonces no era el único amigo; bueno, dentro de mi entorno de amigos que ya habían tenido relaciones sexuales. Entonces, si yo no tenía la posibilidad de tener condones, otro amigo tenía. Era así como rolarte el condón. Iban y te decían: “¿Qué onda, traes con qué?”, “No, pues no”, “¡Ah, pues toma!”. A veces desde antes le decías a la chica “Espérame” y salías y le decías [a un amigo] “¿Qué onda?”, “Ah, pues sí, ten”, y ya. Cualquiera podría tener condones en la cartera, pues había veces en que no se los pedía, ni ellos a mí, pero pues era como aventárselo por debajo de la puerta del cuarto» (Enrique).

Con el tiempo y la experiencia en el terreno sexual los jóvenes no únicamente adquieren herramientas para protegerse en los encuentros informales, sino que aconsejan a los otros el cuidado de la salud sexual (Kaufman, 1994; Núñez, 2007; Seidler, 2000).

DISCUSIÓN

Desde una perspectiva psicológica y sociocultural, la sexualidad y la reproducción son parte de procesos muy complejos en la medida en que ambas están penetradas por una diversidad de ideologías, representaciones, discursos y valores construidos que condicionan, pero no determinan, la interacción entre hombres y mujeres en contextos concretos en los que se movilizan y confrontan significados distintos sobre el deseo sexual, el afecto, el compromiso, la confianza, la masculinidad, el goce momentáneo y demás, lo que imposibilita identificar una tendencia única en las prácticas sexuales de los jóvenes.

La sexualidad de los varones es un tema que genera en ellos conflicto y angustia porque está de por medio su hombría y su desempeño, los que giran alrededor del “qué dirán” y de una preocupación constante sobre su desempeño ante las mujeres y también ante los otros varones. Esto se torna más complejo cuando se muestra que no solo piensan en el sexo en función del mero desfogue de un deseo incontrolable, pues su sexualidad también se encuentra en función de la relación construida con la pareja, sea formal o informal. Los datos de los participantes muestran que las prácticas de sexualidad en los varones están fuera del terreno de la “naturalidad” e incorporan una diversidad de formas de control y satisfacción que dependen de los diferentes momentos de su trayectoria de vida, así como de la caracterización de la o las relaciones de pareja.

No obstante, sigue presente en ellos el significado de que el hombre es quien “sabe” sobre la sexualidad y, por tanto, debe encargarse de las precauciones que corresponden para evitar embarazos o enfermedades de transmisión sexual. Son claros los indicios de que las mujeres de ninguna manera son pasivas, pues “insinúan” al hombre que “se cuida” o asumen abiertamente su deseo sexual en la negociación de sexo casual. Sin embargo, las mujeres con una actitud más libre hacia la sexualidad siguen siendo descartadas como posibles parejas en una relación más formal o a más largo plazo.

A pesar de que el ejercicio de la sexualidad es omnipresente en el horizonte de posibilidades

de los jóvenes, sobre todo en contextos como las fiestas, donde se consume alcohol, no todos han incorporado la precaución de llevar condones en caso de que surja la posibilidad de un encuentro casual. Los datos sugieren que no se trata de un proceso meramente individual de cuidado o prevención, sino que puede ocurrir como parte de un cambio en la cultura de pares. Es decir, los grupos de amigos no solamente pueden fungir como fuentes de inducción para iniciar las relaciones sexuales, sino también como mediadores para incorporar la prevención entre todos y para todos. Por ello, aunque el estereotipo de la sexualidad masculina como “incontrolable” se mantiene, es objeto al mismo tiempo de cierta regulación colectiva para afrontar algunos de los riesgos –como el contagio de enfermedades de transmisión sexual– a través del uso del condón proporcionado por los amigos en las fiestas y reuniones. Este asunto requiere de investigaciones adicionales.

Los datos obtenidos indican asimismo que el uso del condón no debe pensarse en términos dicotómicos simplistas: su uso es sinónimo de cuidado y su falta de uso equivale a descuido e irrespon-

sabilidad. Esto es manifiesto en el caso de parejas formales que, luego de haberlo usado regularmente durante un tiempo más o menos largo, deciden dejar de usarlo. Aunque en algunos casos esta decisión se debe a inferencias erróneas sobre la posibilidad de embarazo, lo que parece importante resaltar aquí es lo que significa en términos de la consolidación de una relación de pareja (confianza, estabilidad, perspectiva de futuro), la cual constituye una condición en la que un embarazo no planeado figura como una vía de inicio de una nueva etapa de vida como pareja y como familia.

En suma, los resultados indican que es importante comprender y generar una visión distinta de los varones ante a la sexualidad, pues no son los únicos que experimentan deseo ni su sexualidad se ve limitada únicamente a su satisfacción y placer, pues en realidad siempre es relacional y las parejas muestran un papel activo. No obstante, siguen presentes ciertos estereotipos de género bajo la influencia de creencias, mitos o discursos del grupo social y cultural acerca de lo que significa ser hombre y ser mujer.

REFERENCIAS

- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Careaga, G., Figueroa J., G. y Mejía M., C. (1996). *Ética y salud sexual reproductiva*. México: PUEG.
- De Jesús, D. y Cabello, L. (2011). Paternidad adolescente y transición a la adultez: una mirada cualitativa en un contexto de marginación social. *Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, 11, 1-27.
- Foucault, M. (1987). *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber* (15ª ed.). México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1988). *Historia de la sexualidad. 2. El uso de los placeres* (3ª ed.). México: Siglo XXI.
- Gutmann, M. (2011). El fetiche de la sexualidad masculina: ocho errores comunes. En O. Hernández, A. García y K. Contreras (Coords.): *Masculinidades en el México contemporáneo* (pp. 29-46). México: Universidad Autónoma de Tamaulipas/UAMCEH/Plaza y Valdés.
- Jones, D. (2010). Diálogos entre padres y adolescentes sobre sexualidad: discursos morales y médicos en la reproducción de las desigualdades de género. *Interface: Comunicação, Saúde, Educação*, 14(32), 171-182.
- Kaufman, M. (1994). Men, feminism, and men's contradictory experiences of power. En H. Brod y M. Kaufman (Eds.): *Theorizing masculinities* (pp. 119-141). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Kvale, S. (2011). *Las entrevistas en la investigación cualitativa*. Madrid: Morata.
- Núñez, G. (2007). Vínculo de pareja y hombría: “Atender y mantener” en adultos mayores del Río Sonora, México. En A. Amuchástegui y I. Szasz (Coords.): *Sucede que me canso de ser hombre. Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México* (pp. 141-184). México: El Colegio de México.
- Quintana S., A. y Vásquez A., E. (1998). *Construcción social de la sexualidad adolescente. Género y salud sexual*. Lima: IES.
- Romo, J. (2008). Estudiantes universitarios y sus relaciones de pareja. De sus experiencias y proyectos de vida. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 13(38), 801-823.
- Sánchez, M. (2004). Poder y negociación sexual en la adolescencia. *Profamilia*, 1(8), 5-68.
- Secretaría de Salud e Instituto Nacional de Salud Pública (2012). *Encuesta Nacional de Salud y Nutrición (ENSANUT) 2012*. México: Autores.

- Seidler, V. (2000). *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*. México: UNAM/ Paidós.
- Szasz, I. (1998). Los hombres y la sexualidad: aportes de la perspectiva feminista y primeros acercamientos a su estudio en México. En S. Lerner (Edit.): *Varones, sexualidad y reproducción* (pp. 127-153). México: El Colegio de México.
- Vendrell, J. (2010). Masculinidad y paternidad. La apropiación de la capacidad reproductiva de las mujeres en el origen de la dominación masculina. En D. Córdoba, S. Sapién y A. Salguero (Coords.): *Sexualidad de los varones. Anticoncepción, gestación y paternidad* (pp. 1-13). México: UNAM.